

DOMINGO/4/CUARESMA/C 14 MARZO 2010

Josué 5, 9a. 10-12

En aquellos días, el Señor dijo a Josué: "Hoy os he despojado del oprobio de Egipto."

Los israelitas acamparon en Guilgal y celebraron la Pascua al atardecer del día catorce del mes, en la estepa de Jericó.

*El día siguiente a la Pascua, ese mismo día, **comieron del fruto de la tierra:** panes ázimos y espigas fritas.*

***Cuando comenzaron a comer del fruto de la tierra, cesó el maná.** Los israelitas ya no tuvieron maná, sino que aquel año comieron de la cosecha de la tierra de Canaán.*

Salmo responsorial: 33

R/Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca; mi alma se gloria en el Señor: que los humildes lo escuchen y se alegren. R.

Proclamad conmigo la grandeza del Señor, ensalcemos juntos su nombre. Yo consulté al Señor, y me respondió, me libró de todas mis ansias. R.

Contempladlo, y quedaréis radiantes, vuestro rostro no se avergonzará. Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha y lo salva de sus angustias. R.

2Corintios 5, 17-21

Hermanos: El que es de Cristo es una criatura nueva. Lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado.

Todo esto viene de Dios, que por medio de Cristo nos reconcilió consigo y nos encargó el ministerio de la reconciliación.

Es decir, Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirle cuentas de sus pecados, y a nosotros nos ha confiado la palabra de la reconciliación.

Por eso, nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo os exhortara por nuestro medio.

En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios.

Al que no había pecado Dios lo hizo expiación por nuestro pecado, para que nosotros, unidos a él, recibamos la justificación de Dios.

Lucas 15, 1-3. 11-32

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban entre ellos: "Ése acoge a los pecadores y come con ellos."

Jesús les dijo esta parábola: "Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte que me toca de la fortuna."

El padre les repartió los bienes.

No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente.

Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad.

Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer.

Recapacitando entonces, se dijo: "Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros."

Se puso en camino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo. Su hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo. "

Pero el padre dijo a sus criados: "Sacad en seguida el mejor traje y vestido; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado."

Y empezaron el banquete.

Su hijo mayor estaba en el campo.

Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba.

Éste le contestó: "Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud."

Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo.

Y él replicó a su padre: "Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado."

El padre le dijo: "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado.""

COMENTARIOS

JOSUÉ. Si el domingo anterior leíamos un texto en el que Dios llamaba y enviaba a Moisés a librar a los israelitas sometidos en Egipto, hoy nos encontramos ya con el resultado de aquella acción salvífica: el pueblo liberado ha llegado y entrado en la tierra de la libertad; ya no tienen un señor que los domina; ahora sirven a un Señor que los libera, que les da una tierra, una historia, un futuro, una identidad... Cuando salieron de Egipto, hasta la vida les resultaba insegura. Entre otros problemas, el hambre era uno de los más graves. Como solución, Dios hacía bajar del cielo, cada mañana, una especie de pan que servía al pueblo peregrino de alimento: **el maná.**

El breve pasaje que hoy leemos nos habla de la finalización de este don. Los israelitas ya habían llegado a la tierra que Dios les entregaba. Ya no tenía sentido el maná; ahora disfrutarían con todo derecho de los alimentos que producía su tierra.

LUCAS. La parábola quiere iluminar la cercanía con que Jesús se muestra hacia los pecadores. Y una de las mejores imágenes para expresarla es la que muestra la relación de amor de un padre hacia su hijo.

Antes que Jesús empiece a contar la parábola, la escena nos lo presenta hablando con gente poco recomendable. Los "hombres religiosos" le habían acusado de ser "amigo de publicanos y pecadores". A todos ellos se dirige Jesús para decirles a las claras la idea que Él tiene de Dios.

Jesús nos habla de Dios como de un padre. Pero es un padre muy especial. Tolera que un hijo se escape de casa, con la parte de su fortuna, en lugar de prohibírselo

con su autoridad. Es un padre que deja en libertad a sus hijos, aunque parezcan que no están preparados para usar de esa libertad con responsabilidad y madurez. Parecería como si se tratara de un padre al que no le importa que un hijo suyo se eche a perder pudiendo evitarlo. Y cuando este hijo vuelve, acuciado más por la necesidad que por el arrepentimiento, organiza una gran fiesta, en lugar de recriminarle y darle un escarmiento por su abandono de la casa paterna. Este padre del evangelio de hoy, es el Dios que nos revela Jesús. Es el Dios en el que cree Jesús. Es el Dios del que vive Jesús. Tenemos que ir creyendo, cada vez más, en este **Dios-Padre-Bueno**, y no en un dios lejano, intransigente y un poco vengativo.

Padre Juan Alarcón Cámara S.J.